



¿Sabe cómo actuar ante un desastre?

MÁS VALE PREVENIR...

La posibilidad de que en cualquier momento ocurra un desastre en un país como el Japón, está siempre latente. Septiembre es el mes en el que la nación entera lo recuerda con especial énfasis a través de diversas actividades.



En un periodo de 30 años, hay un 70% de probabilidades de que el área metropolitana de Tokio sufra un terremoto de grado 7 en la escala sísmica japonesa.

El 1 de setiembre de 1923, promediando el mediodía, Tokio y sus prefecturas aledañas sufrieron un fuerte terremoto y tsunami que dejaron como saldo trágico 105,385 personas fallecidas o reportadas como desaparecidas. Casi el 90% de ellas perdieron la vida por los incendios que se sucedieron al sismo y sus posteriores réplicas.

El terremoto, que en las actuales mediciones habría tenido una magnitud de 7,8 en la escala de Richter, llegó a afectar a casi dos millones de personas y es conocido como el Gran Terremoto de Kanto.

Con el objetivo de recordar la fecha e incidir en el hecho de que la información y la ejercitación son las mejores herramientas para enfrentar catástrofes de todo tipo, desde 1960 el gobierno japonés decidió instituir el Día de la Prevención de Desastres, una fecha en la que el país entero revisa prácticas destinadas a paliar los efectos de siniestros de todo tipo.

HUYENDO SOBRE LA HORA

Fue también en septiembre, pero de hace dos años. El peruano Jiro Sunohara salió aquella mañana a su centro de labores ubicada en Ryugasaki, a 20 kilómetros de la ciudad de Jouso, en Ibaraki, donde reside. Hacia poco tiempo la familia se había mudado a un nuevo departamento, algo más amplio, para dar cabida a Eiki, el nuevo miembro de la familia.

Parecía un día como cualquier otro y nada lo haría imaginar que por la noche tendría que huir de su vivienda, casi sobre la hora, junto a su esposa y su hijo de dos meses, cargando lo que pudo en su pequeño auto: el río Kinugawa se había desbordado por las lluvias y sus aguas inundaron una gran extensión de la ciudad, afectando a más de 3 mil viviendas.

“Recuerdo que durante los descansos, los compañeros comentaban que se estaban produciendo inundaciones en Jouso, pero que eran por el sector de Ishige, un barrio que queda bastante alejado del sector donde vivo, cerca de la estación de Mitsukaído. Qué me iba a imaginar que los desbordes llegarían hasta mi barrio desde tan lejos. De otro lado, mi esposa no me había llamado, por lo que no me preocupé. Ya al retorno, me pareció extraño no encontrar tráfico en las calles y que algunas vías estuvieran cerradas. Mientras conducía, y a medida que llegaba a casa, podía oír mensajes por los altavoces de la ciudad, pero francamente no podían entenderse con claridad. Llegué a casa sin problemas y en el conjunto de departamentos no noté nada fuera de lo normal. Nuestros vecinos japoneses sí estaban fuera de sus viviendas, a la expectativa de algo. Mi esposa me dijo que durante todo el día se estaban irradiando mensajes por los altavoces y que algo estaba ocurriendo. En las noticias de la tele veía la inundación pero, como es una zona bastante alejada de donde vivimos, no pensé que llegaría hasta aquí”, narra.

Jiro salió de casa para comprar algo de comer y se dio con la sorpresa que todo estaba cerrado. Al retornar alcanzó a distinguir un brillo extraño a unos 100 metros, que terminó siendo la corriente de agua entrando a la calle en la que vive. Supo que debían huir y cargar con lo que pudiera salvar de su vivienda, ubicada en el primer piso. Alcanzó también a alertar a algunos de sus vecinos brasileños, que ignoraban por completo lo que venía ocurriendo aquella noche. En escasos minutos, el agua ya cubría parte de las ruedas de su auto y partieron a resguardarse en casa de una tía que vive en Tsuchiura, también en Ibaraki.

“Quise regresar al día siguiente para ver el ‘apáto’ y el estado de las cosas, pero fue imposible ingresar a la ciudad. A muchas zonas de Jouso solo se pudo entrar en bote o helicópteros, que fueron las formas en las que se evacuó a muchas personas que habían quedado atrapadas en los segundos pisos de sus casas. Solo me dejaron llegar a mi departamento dos días después, para comprobar lo que ya presentía: perdimos todo lo que dejamos. El nivel de la inundación superó el metro de altura y obligó a deshacerse de muebles y electrodomésticos”, recuerda.

Pese a que desde la inmobiliaria le ofrecieron una vivienda temporal hasta limpiar y remodelar la suya, la familia Sunohara prefirió alquilar un departamento por su cuenta, en otro lugar de la ciudad. Tener un seguro contra desastres (kasai houken) al momento de alquilar el “apáto” le permitió cobrar una indemnización por lo perdido; de la misma forma, también fue auxiliado con partidas económicas de la prefectura y un programa de ayuda de la ciudad de Jouso, luego de registrarse en el padrón de damnificados. “La municipalidad puso a disposición de todos los afectados víveres, enseres de higiene personal, artículos de limpieza y todo lo necesario para pasar esos primeros días. Hubo mucha ayuda de parte de las autoridades, sobre todo para la gente que estuvo en los refugios. También tuve la solidaridad de mis amigos



Jiro Sunohara fue una de las víctimas de los desbordes del río Kinugawa en Jouso, Ibaraki, hace un par de años.

y compañeros de trabajo para superar este mal momento”. Hoy, dos años después, solo fue un gran susto para recordar.

Le pregunto qué le dejó esta experiencia. “Que hay que estar alertas y prestar atención a este tipo de acontecimientos. Que hay que aprender más el idioma; muchas pérdidas pudieron haberse evitado tal vez si la gente supiese más japonés, se hubiese empapado más sobre normas de prevención. Que hay que interesarse más en las cosas de la ciudad, buscar información en la municipalidad. Como extranjeros, nos falta esa responsabilidad cívica y nos lamentamos luego, cuando las cosas ya han sucedido. Creo que tenemos que estar más metidos en los asuntos de la ciudad en la que vivimos, sobre todo en este país, en donde son frecuentes los desastres naturales. Tener cultura de prevención, empaparse más de estas prácticas. Que la acción de los japoneses en esas horas es bastante rápida y te ayudan en todo. Finalmente, que la comunidad extranjera es solidaria. Tiendas brasileñas y peruanas hicieron acopio de víveres y enseres para repartir entre los necesitados, al igual que otros grupos que vivían en otras prefecturas, y hasta en los negocios se organizaron parrilladas gratuitas para auxiliarlos”, concluye.

CONCIENCIAR A LOS EXTRANJEROS

“Es necesario concienciar a la comunidad extranjera sobre la necesidad de tener en cuenta las medidas de prevención de desastres, y de la importancia de practicarlas con frecuencia”, dice Jaime Takahashi, funcionario de la municipalidad de Mooka, en Tochigi, una de las primeras ciudades que recibió inmigrantes latinos a comienzos de los 90.

